



José Mármol

A Bolivia en 1846

I

Divina inspiración, genio del canto,

tiende sobre mi sien tus blancas alas,

y de entusiasmo en la pupila el llanto,

suba la mente a las etéreas salas.

Postrada el alma ante el eterno trono

beba las auras que el Señor respira,

y de las arpas de marfil el tono

temple las cuerdas de mi dulce lira.

La luz de Dios, radiante a mi memoria;

la voz de Dios, a mi mundano acento;

y en un mar de esperanzas y de gloria

se lance al porvenir mi pensamiento.

Tú grabaste, Señor, Dios de los mundos,

en la frente de América una estrella

que al futuro, en sus cóncavos profundos,

alcanza un rayo de su lumbre bella.

Yo seguiré ese rayo soberano

a sorprender los siglos con mi mente,

como la fe del corazón cristiano

la lumbre sigue de tu regia frente.

Yo leeré nuestro tiempo con su rayo.

Genio del canto, ven, mi nombre imprime

en la arena del río Pilcomayo

dándole a mi alma inspiración sublime.

II

Bolivia, tierno seno

del corazón de América, mi madre,

de amor y vida y esperanza lleno,

como la luz del astro

señor del Inca que tu frente dora;

verde promesa del futuro hermoso,

virgen en cuyas sienes de alabastro

la mirada de Dios refleja y brilla

al levantarse tu radiante aurora:

yo te saludo de la triste orilla

que baña el Plata en su raudal undoso.

En la noche sombría

que el humo del cañón formó en tu cielo,

quebraste con tu espada

de tres centurias la coyunda impía.

El león de las Españas en tu suelo,

desde la sien nevada

miró al cóndor del Andes boliviano

como flecha de Dios caer a su frente;

y su hercúlea pujanza de repente

con su airado rival luchara en vano.

De América el cimientto

se conmovió al estrépito gigante

de un torrente de lanzas que violento

invadió por las sierras y los llanos,

quebrando con sus puntas de diamante

la muralla de bronce,

do el pendón de los viejos castellanos

se desplegaba entonces

sobre acerada clava,

bajo el cielo de América su esclava.

Y en aquele torrente,

allí la patria de Belgrano estaba,

allí La Paz y Cochabamba alzaron

ceñida de laurel su altiva frente,

y a los ecos del Plata se mezclaron,

bajo la luz de Mayo,

los ecos del Bermejo y Pilcomayo.

Allí estaba el desierto;

y en un mundo sin fin, sin horizonte,

allí la selva y empinado monte,

allí el mar que Balboa saludara,

y allí las rocas que Colón pisara.

Todos, todos allí, y allí la patria

del ancho Beni y Potosí opulento,

quebrando sus cadenas

en aquel día de sublime intento;

y con sangre copiosa de sus venas

bautizando la frente

del mundo que legaban

a la futura americana gente.

Sangre preciosa que Ayacucho viera

del pecho varonil como un rocío

de los cielos caer, para que un día

cada gota inmortal un pueblo fuera.

Animad, animad el cuerpo frío

de los héroes allí... La fosa umbría

su polvo esparcirá y ELLOS, la frente

con aureola de mártir alumbrada,

y el descarnado brazo

en los hombros del ángel de la gloria,

¡subirán a la sien del Chimborazo

por la huella esplendente

que hizo el carro veloz de la victoria!

¡Animad, animad! ELLOS sus ojos

en torno volverán... Las cordilleras

inclinarán sus sienes altaneras;

callarán sus enojos

las irritadas olas de los mares,

y las llamas y el cóndor escondidos,

los valles y las selvas y los montes,

el sol y los ardientes luminares

sin ley, sin horizontes,

serán de santa admiración henchidos.

III

Mas tu misión ¡oh Bolivia!

no estaba sólo en tu lanza,

que otra más alta esperanza

reservó Dios para ti:

tus héroes en los combates

no fueron más que tu aurora

que vino a anunciar la hora

en que habrá el sol de salir.

Esa misión del acero

la llenaron tus campeones,

pero a otras generaciones

legaron otra misión:

tan rica de gloria y nombre,

tan orlada de opulencia,

que fue la más bella herencia

de su paternal amor.

Tocas y admiras los Andes,

¿no es verdad? Pues tu cabeza

con más poder y grandeza

un día levantarás.

Que es América el emblema

del cóndor entre la nube,

cuando más arriba sube

de la ronca tempestad.

Pero la mano del cielo,

entre misterio profundo

pareció robarte al mundo,

huérfana y oculta flor;

y abandonada, perdida,

cual un diamante entre rocas,

lo que hoy tan posible tocas

ayer pareció ilusión.

¡El mar! ¡Sublime esperanza

de tu ambición más sublime!

Es tuyo, Bolivia, imprime

sobre las ondas tu pie;

es tuyo, vuela, te espera

la brisa de los oceanos,

para mecer soberanos

los laureles de tu sien.

Es tuyo, que de sus ondas

tu porvenir al oriente,

dora espléndido la frente

de tu más bella región,

y el diamante entre las rocas,

la huérfana flor perdida,

sube con él a otra vida

buscando un tiempo mejor.

No son tus minas, Bolivia,

la fuente de tu existencia,

ni tu futura opulencia

la contiene el Potosí;

los pueblos no se enriquecen

pisando sobre metales:

serán otros los canales

de tu hermoso porvenir.

Serán tus ríos, señora,

que de tu seno profundo,

filtrando por todo un mundo,

nacen y buscan el mar.

Serán tus bosques, tus llanos,

tus perfumadas praderas,

y las extensas riberas

del Beni y del Paraguay.

Serán tus manos quebrando

los diques de la ignorancia,

para decir con jactancia,

Europa, ven por aquí.

Y mirar en cada río,

luchando con su corriente,

llegar su industria, su gente

a un mundo rico y feliz.

A un mundo donde la Europa

tiene fija su esperanza,

porque en el suyo no alcanza

en el tiempo un más allá;

a un mundo donde más tarde,

en cada empinado monte,

tendrán su luz, su horizonte,

el genio y la libertad.

¡Ve adelante! Los oceanos

te esperan con impaciencia,

y del cielo la clemencia

escribe tu más allá.

¡Ve adelante! Tus hermanos

que baña el potente Plata,

te batiremos las manos

al ver tu enseña pasar.

Ese tirano que rudo

rasga a tu hermana las venas,

pone, bárbaro, en cadenas

lo que también es de ti;

pero mañana su cuello

será presa del verdugo,

y el Paraná sin su yugo

sonreirá al verte feliz.

IV

Feliz en tu grandeza

cual fuiste con tu lanza,

lidiando con la saña

del déspota español;

feliz como los pueblos

donde la mar alcanza,

dorados con la lumbre

de americano sol.

Rasgado tu misterio,

radiante de hermosura,

descubrirás al mundo

tu rostro virginal;

y el mundo entusiasmado,

para la virgen pura,

de joyas de la mente

preparará un caudal.

Que por tus ríos llenos

de vida y opulencia

te invadirán torrentes

de civilización;

y vibrarán los ecos

del arte y de la ciencia

donde antes retumbaron

los truenos del cañón.

En el grandioso Chaco

las fértiles llanuras

sorprenderá la industria

del europeo al fin;

y en cada sol que dore

del Andes las alturas,

de tu futuro hermoso

se agrandará el confín.

Y como aspiras ámbar

de tu jardín de selvas,

la atmósfera del genio

respirarás también;

que a do tus manos lleguen,

a do tu vista vuelvas,

te bañarás en luces

de boliviana sien.

No en vano en lo más alto

de América blasonas,

nutriendo de tu seno

dos mares a la par:

gigantes sin rivales,

el Plata y Amazonas

que pueden del océano

las ondas desafiar.

No en vano se levanta

sobre metal tu asiento,

Bolivia; no hay arcanos

a tu destino, no;

la suerte de los pueblos

el Dios del firmamento

sobre su suelo mismo

grabada les dejó.

Mañana tus hermanos,

desde el Estrecho al Istmo,

a contemplar tu frente

sus ojos alzarán;

y con tus mismas alas,

y con tu genio mismo,

tu porvenir al mundo

contigo mostrarán.

Que a los futuros siglos,

del Andes se divisan

precipitarse raudos

al mundo de Colón,

como al nacer el alba

las luces que se aprisan

a iluminar los cielos

en fúlgida invasión.

Mañana el europeo

cuando a buscar se lance,

de América en la orilla

la luz y libertad,

Bolivia, quizá entonces

a comprender alcance

que viertes la más bella,

radiante claridad.

Quién sabe si mañana

conservarás tú sola

lo que otros al presente

destrozan con el pie.

Sobre el Perú y mi patria

de sangre hay aureola,

y un iris de bonanza

sobre tu sien se ve...

V

Bendición en la frente de tus hijos

que en el hogar, junto a la tierna esposa,

hablan de paz y libertad prolijos,

tejiendo palmas a su patria hermosa.

Calma en las sienes de tu jefe, y gloria

para su nombre que ennoblece el tuyo:

sonó ayer ese nombre en la victoria,

y el que hoy repite el mar también es suyo.

Por la tierra vagando sin destino,

el sol desmaya ante mi sien su rayo;

¡ay, si el nombre infeliz del Peregrino

conservara tu rico Pilcomayo!

2010- Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

